

de ser tanta la vergüenza de tus culpas que te obligue á esconderlas á aquellos á quienes Él quiere que las manifiestes. ¡Oh si tú supieras aprender esta doctrina! ¿Cómo te has portado hasta hoy? ¿Confías en los hombres más que en el poder y en la providencia de Dios? ¿Rehusas manifestar con sinceridad y claridad tus pecados? ¿Cómo te acercas á la santa comunión? ¡Con cuán poca fe, humildad y devoción te llegas á tocar á Jesús! Procura con todas veras el remedio de tan pernicioso descuido, proponiendo, pidiendo y clamando al Señor para que remedie todas las necesidades.

### 98.—CURACIÓN DEL TULLIDO DE LA PISCINA PROBÁTICA.

PRELUDIO 1.º Preguntó Jesús á un enfermo que treinta y ocho años había estado en la probática piscina, si quería sanar, y habida respuesta afirmativa, le sanó, encargándole después que no volviera á pecar.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús diciendo al enfermo: «Levántate, coge tu carretón, y anda».

PRELUDIO 3.º Píde á Jesús que te sane de tus enfermedades espirituales.

**Punto 1.º** *Pregunta de Jesús al enfermo, y respuesta de éste.*—Entrando Jesús en los soportales de la probática piscina, vió, entre la multitud de enfermos que allí estaban esperando el movimiento del agua, á uno más desgraciado, que hacía treinta y ocho años que estaba allí, y no había podido nunca llegar á tiempo al agua para curarse. Preguntóle Jesús: «¿Quieres ser curado?» Y él contestó: «Señor, no tengo hombre que me introduzca en la piscina así que el agua está agitada, y cuando llego, ya otro ha bajado antes». Contempla, ante todo, la misericordia de Jesús, el cual, entrando solo y desconocido en aquellos patios, al momento fijó sus compasivos ojos en el enfermo más desgraciado y desamparado para curarle; porque cuanto mayor es la miseria, tanto más provoca su gran misericordia. Pondera luego la razón por qué Jesús preguntó al enfermo: «¿Quieres ser curado?» Pues llano era que deseaba sanar. Esto hizo para significarnos que en el negocio de nuestra salvación son necesarias dos voluntades: la de Dios y la del hombre. La de Dios está cierta, pues nos convida con la salud; la nuestra ha de ser voluntad verdadera y eficaz, y no de cumplimiento. Por lo cual no le dijo: ¿querías ser sano?, sino ¿quieres ser sano?, porque este «quiero» ha de ser absoluto y eficaz, quitando los afectos desordenados de las culpas, las ocasiones de pecar, y practicando los medios eficaces para ello. Escucha la respuesta del enfermo, el cual juntamente confiesa su voluntad de sanar y la imposibilidad en que se

<sup>1</sup> Joan., v, 6.

halla, diciendo que ni tenía hombre que le ayudase, ni fuerzas para entrar por sí solo en el agua. Así, debes tú reconocer y confesar humildemente tu flaqueza y necesidad; porque ni tienes fuerzas por ti solo para sanarte, ni hay hombre puro ni criatura alguna que pueda por sí misma favorecerte, sino de solo Jesucristo te ha de venir el socorro. Y al modo que este enfermo manifiesta su triste estado sin impaciencia, y sin quejarse de los que no le ayudan, así tú has de confiar en el Señor, y esperar con paciencia su socorro aunque se difiera. ¡Oh Redentor mío! Tullido estoy y debilitado, sin fuerzas para buscar salud, y sin ayuda de criaturas para procurarla. No puedo yo decir que no tengo hombre; pues os tengo á Vos, que sois Dios y hombre verdadero. Ayúdame, Señor, pues en Vos sólo confío, cuya es la salud y bendición eterna. ¡Oh cristiano! ¿Conocías tú la gravedad de tu dolencia espiritual? ¿Estabas convencido de la imposibilidad en que te hallas de remediarla por tus propias fuerzas?

**Punto 2.º** *Precepto de Jesús mandando al enfermo que se levante, y obediencia de éste.*—En este punto has de considerar la bondad y omnipotencia de Jesucristo, el cual, usando de la plenitud de su poder, sin exigir al enfermo que creyese, como solía hacer en otras ocasiones, ni tocarle con la mano, ni mandarle que se lavase en la piscina, le dijo: «Levántate, toma tu carretón, y anda»; y con estas solas palabras le dió perfectísima salud. Pero pondera la causa porque le mandó tomar, no sólo la camilla en que estaba echado, sino el mismo carretón, y andar; quería que se viese que la salud corporal que Dios da es perfecta, y lo propio sucede con la salud espiritual; porque el enfermo, que antes tenía el alma tullida, postrada y rendida en el carretón de su miserable cuerpo, llevada y arrastrada de sus codicias y de las pasiones desordenadas de su carne, en virtud de Cristo se levanta tan sana, que ella misma lleva su cuerpo adonde ella quiere, y le rige y endereza á su voluntad; no es llevada de la pasión de la ira ó temor, tristeza ó gozo, sino ella lleva y rige estas pasiones, y se sirve de ellas conforme al dictamen de la razón; y esta es la señal de haber sanado perfectamente. Mira también la obediencia perfectísima de este hombre: porque, con ser sábado, día en que los judíos no tenían por lícito llevar cargas, en diciéndole Cristo: «Toma tu carretón y anda», rindió su juicio, y con gran prontitud, presteza y alegría se cargó de él, y comenzó á caminar; y á los que le decían: «Mira que es sábado, y no te es lícito llevar esa carga», respondía: «El que me sanó, me dijo: toma tu carretón y anda»; como si dijera: Quien fué tan santo y poderoso que pudo sanarme, ese me mandó esto; y es cierto que será lícito, pues Él lo mandó, y esto me basta. Esto decía sin conocer quién era Cristo, el cual quiere que obedezcan

<sup>1</sup> Joan., v, 8.



los súbditos á los superiores y los penitentes á los confesores con semejante obediencia pronta, puntual, alegre y rendida, donde no se vea claro pecado, haciendo lo que les mandare Dios y el confesor que los sanó. ¿Ejercitamos de este modo la obediencia? ¿Nos arrastran todavía los apetitos desordenados? ¡Oh Dios mío, salud verdadera de mi alma! Mandadme cuanto quisierais, aunque sea dificultoso, afrentoso y muy pesado, y aunque parezca disparatado, porque á todo me rendiré de buena voluntad; y si alguno quisiere impedir mi obediencia, yo le responderé: Dios que me sanó, me lo manda; bástame que Él lo mande para que yo lo cumpla.

**Punto 3.º** *Jesús encarga al enfermo curado que no vuelva á pecar.*—Considera cómo Jesús, luego de haber curado al enfermo, se escondió de las gentes y se fué al templo á dar gracias á su Padre, enseñándote la virtud de la humildad y del agradecimiento. Lo mismo hizo el enfermo al verse sano, el cual fué inmediatamente al mismo templo á dar gracias á Dios por la merced que le había hecho. ¡Oh, si tú supieses imitar á uno y otro, siendo muy agradecido á los beneficios que recibes, especialmente cuando en el sacramento de la Penitencia recibes el perdón de tus pecados! Pondera luego cómo, hallando Jesús á este dichoso hombre en el templo, le dijo: «No quieras pecar más, porque no te suceda otra cosa peor». En estas palabras le da tres avisos importantísimos y prácticos. El primero, que las enfermedades suelen venir en castigo de los pecados, y así debes pensarlos tú de las tuyas. Otros justos padecen por la gloria de Dios y por ejercicio de virtud; mas tú, pecador miserable, piensa que padeces por tus culpas, y así has de llevar la ira del Señor<sup>1</sup>, porque pecaste. El segundo es que no quiera pecar más; no dice que no peque más, porque de hombres es el pecar, especialmente en culpas ligeras, sino que no quiera más pecar; esto es, que haga un propósito firme y tenga una voluntad muy resuelta de no pecar más, con la divina gracia; y este propósito has de renovar tú siempre que te confiesas, con verdadero deseo de enmendarte. El tercero es que la recaída será peor que la caída, por el desagradecimiento que muestra á quien le perdonó, y en hacer tan poco caso de la salud que le dió, perdiéndola tan presto; y por consiguiente, será el castigo mayor que antes, pues la culpa es mayor. ¡Oh Maestro verdadero! Vuestras obras son perfectas<sup>2</sup>, y vuestros desengaños son ciertos y provechosos; he oído vuestros avisos; ayudadme para que los guarde en mi corazón, y ordene mi vida según ellos; libradme de las recaídas, y dadme firme voluntad de nunca más pecar, y conservad lo que me habéis dado, para que siempre viva con pureza y santidad. ¡Oh alma fiel! Sé agradecida á los beneficios de Dios. ¿Procuras

<sup>1</sup> Mich., vii, 9. — <sup>2</sup> Deut., xxxii, 4.

conservar la gracia que el Señor te concedió? ¿Has recaído muchas veces en tus defectos y pecados?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán triste y desconsolador era el estado de este pobre tullido, antes que Jesús pusiese en él sus ojos misericordiosos! Treinta y ocho años hacía que estaba esperando el momento de poder sanar de su enfermedad; pero todo en vano. No tenía hombre que le auxiliase ni se compadeciese de él. Tal está tu alma cuando ha tenido la desgracia de caer en pecado; postrada, inmóvil, tullida, sin poder siquiera pronunciar el nombre de Jesús con mérito para la vida eterna. ¡Oh estado tristísimo! Y ¿no le temes? Y ¿vives en él contento? Afortunadamente, no puedes decir lo que aquel tullido, que no tienes hombre. Jesucristo, que le miró con ojos compasivos y por su sola misericordia se decidió á darle perfectísima salud, sin exigir de él más que una voluntad verdadera y eficaz de sanar, desea hacerte este mismo favor. También Él te mira con ojos misericordiosos, Él te espera en los santos Sacramentos para curarte, y si tú no vas, Él vendrá á ti, ofreciéndote generoso perdón y perfecta salud. Él te dirá: «Levántate de ese abatimiento y postración en que te hallas, cosido á las cosas de la tierra; toma el carretón de tu cuerpo, enfrenando sus apetitos y obligándole á la mortificación y penitencia, y no vuelvas más á pecar, porque te sucedería alguna cosa peor». ¿Qué dices tú á esto? Si deseas que las palabras del Señor obren en ti todo lo que significan, debes imitar la obediencia de aquel enfermo, sujetándote á tus superiores y confesores; has de hacer firmes propósitos de jamás consentir en el pecado. ¿Son estos tus sentimientos? ¿Te hallas quizá postrado y tullido, sin poderte mover, á causa de tus pecados? ¿Has sido ya favorecido con la misericordiosa mirada de Jesús y con el perdón de ellos? ¿Cómo le has mostrado tu gratitud? Oye al mismo Señor, que te avisa que evites la recaída. Para esto, forma resoluciones firmes y prácticas, atendiendo al estado actual de tu alma, y ruega, no sólo para ti, sino por todos los pecadores y por todo el mundo.

### 99.—CURACIÓN DE UN LEPROSO.

PRELUDIO 1.º Pidió un leproso la salud á Jesús, el cual se la concedió, mandándole que se presentase á los sacerdotes.

PRELUDIO 2.º Representate á este leproso hincado delante de Jesús, pidiéndole la salud.

PRELUDIO 3.º Píde al Señor que te limpie de la lepra del pecado.

**Punto 1.º** *Virtudes del leproso, y modo de hacer jaculatorias.*—Llegóse á Jesús un hombre lleno de lepra, é hincadas las rodillas y pegando su rostro con la tierra, le adoró, y dijo<sup>1</sup>:

<sup>1</sup> Matth., viii, 2; Marc., i, 40; Luc., v, 12.



« Señor, si quieres, puedes limpiarme ». Mira qué virtudes tan excelentes descubre en esta ocasión este miserable leproso, movido del deseo de obtener la salud del cuerpo. Muestra, en primer lugar, gran reverencia interior y exterior, hincando ambas rodillas, postrándose en tierra, adorando á Cristo, y llamándole Señor. Tiene, además, grande fe en la omnipotencia de Cristo, confesando que con sólo querer podía fácilmente sanarlo; porque no dice, si lo pides á Dios, sino, si quieres, puedes, confesando que era Mesías, Hijo de Dios. Y no dijo, si quieres, dudando de su misericordia, sino por no saber si sus pecados lo desmerecían, ó si le convenía aquella salud corporal. Muestra también gran resignación, porque no pidió ninguna cosa expresamente, pues no añadió, límpiame, sino descubrió su necesidad y deseo con brevísimas palabras, y confesó la omnipotencia de Cristo, y remitió á su voluntad el sanarle. Con estas virtudes de reverencia, fe y resignación omnimoda, has de ponerte delante de Cristo, como un hombre lleno de lepra de pecados y de otras miserias, ponderando la lepra de tus potencias y sentidos, y de toda tu alma, que es la ira, gula, soberbia y demás vicios, y luego, con grande humildad y reverencia muy profunda, con viva fe y entera resignación, has de decir á Jesús: « Señor, si quieres, puedes limpiarme ». Y en lugar de la palabra Señor, puedes poner otros nombres de Dios que le provoquen á misericordia, y á ti te provoquen á reverencia; y en lugar de la palabra limpiar, puedes poner otras en que le pidas remedio de algunas miserias, diciendo: « Padre mío, Médico mío, Salvador mío y todo mi bien, si queréis, me podéis sanar de mi soberbia, gula, pereza; si queréis, me podéis alumbrar y abrasar en vuestro amor. Si queréis, me podéis hacer paciente, manso y humilde. No dudo de vuestra omnipotencia, porque todo lo podéis; ni de vuestra voluntad en la salud de mi alma, porque sé que la deseáis; por mi indignidad dudo; en vuestras manos me arrojo, y en vuestra voluntad pongo mi remedio ». ¡Oh dulcísimo Maestro! Vos mismo inspirasteis á este pobre leproso un modo de orar como éste, breve, sí, pero confiado, humilde, resignado y apto para obtener cuanto se pide. Enseñadme como enseñasteis á él, é inspiradme á pedir cómo deseáis que os pida, para que me concedáis lo que deseo. ¿ Hacemos nuestras oraciones con fe, humildad y resignación? ¿ Tenemos el uso de hacer frecuentes jaculatorias?

**Punto 2.º** *Jesús se compadeció del leproso y le sanó.*— Compadecido Jesús del leproso, extendió su mano y le tocó, diciéndole: « Quiero; sé limpio », y al punto quedó sano. En lo cual debes ponderar, ante todo, la infinita misericordia del Señor. Porque luego se compadeció de la miseria del leproso, sin dilación alguna, porque es notablemente compasivo; y quien tanto se compacece de la miseria del cuerpo, ¿ cuánto más se compa-

decerá de las del alma? Porque la lepra del pecado que provoca la ira é indignación de Dios cuando es querida, provoca su misericordia cuando es aborrecida y deseamos sanar de ella. Mira, además, en este hecho una rara muestra de la bondad y omnipotencia de Jesús, correspondiendo á la fe y confianza del leproso, diciéndole: « Quiero; sé limpio ». Tú dices, si quiero; pues digo que quiero: tú dices que puedo; pues digo, sé limpio; y así fué. ¡Oh grandeza de la bondad y misericordia de Jesús, que así cumple los deseos de los que confían en Él! Pondera, por fin, la gran benignidad del Señor, porque, sin tener asco de la lepra, á que tenían tanta repugnancia los judíos, que ni la tocaban ni se llegaban al leproso, y era inmundo el que le tocaba, su Majestad extendió su mano, y le tocó amorosamente para darle salud. Y advierte el Evangelista que extendió la mano para significar que la había de extender en la cruz para librarnos de la lepra de los pecados, y que su carne preciosísima tenía virtud de sanar al que tocaba, y que cuando Dios abre y extiende su mano, á todos hinche de bendiciones y dones. Por donde verás la eficacia de la oración hecha con las debidas condiciones, y el fin á que has de enderezarla, que es á obtener de Jesucristo un « quiero, sé limpio », un abrir la mano que tenía cerrada y apretada, y un tocamiento con que sane la lepra de tu alma. ¡Oh Médico sapientísimo, que con sólo tocar al enfermo le curáis radicalmente, y que con una sola palabra arrojáis del cuerpo todas las dolencias! Extended hacia mi pobre alma vuestra mano poderosa; tocadla eficazmente, de manera que huyan de ella todas las enfermedades que la aquejan. ¡Oh alma mía! Pide con fiadamente á Jesús que te toque, y no dudes que su tocamiento echará de ti todos los pecados y miserias que padeces. ¿ Dudas de la misericordia de Jesús? ¿ Temes que su poder y bondad no harán contigo tal prodigio?

**Punto 3.º** *Jesús mandó al leproso presentarse al sacerdote.*— Considera el celo que Jesús tenía de que se guardase exactamente la ley vieja mientras duraba; porque luego de sanar al leproso, le dijo: « Ve, y muéstrate al sacerdote », puesto que estaba mandado en el Levítico que, cuando un leproso sanaba, se presentase al sacerdote y ofreciese sacrificios á Dios, así en agradecimiento de la merced recibida, como en testimonio de que estaba limpio. Si tan ardiente celo tenía Jesús de que se obedeciese á los mandatos de la ley vieja, ¿ cuánto mayor le tendrá de que se obedezca á los de la nueva? Pero ponderando el significado de todo esto, quiso el Señor con este mandato anunciar el sacramento de la Confesión que pensaba instituir en su Iglesia, en el cual se manda que cualquier leproso con la lepra del pecado, aunque por la contrición haya alcanzado perdón de

<sup>1</sup> Matth., VIII, 3. — <sup>2</sup> Psalm. CXLIV, 16. — <sup>3</sup> Levit., XIV, 2.



ellos, se presente al sacerdote, y le descubra la lepra que ha tenido, y delante de él ofrezca sacrificio de espíritu atribulado y de corazón contrito y humillado<sup>1</sup>, y oiga la absolución, con la cual se confirme el perdón recibido, y quede hábil para recibir el sacramento de la Comunión. Y así como el leproso debía raer los cabellos y pelos de su cuerpo<sup>2</sup>, y lavar sus vestidos y carne al presentarse al sacerdote, y luego ofrecía un cordero sin mancha, quedando así limpio de la inmundicia legal; así tú, al presentarte al santo tribunal de la Penitencia, has de raer tus cabellos, esto es, quitar todas las demasías de la vida vieja, y lavar con agua de lágrimas tu alma y tus vestiduras, que son tus obras, y de este modo estarás dispuesto para llegarte limpio á ofrecer el sacrificio del Cordero sin mancha, Cristo Jesús, y á recibir su santo Cuerpo. Pues ¿de qué modo obedeces tú á la divina ley? ¿Cómo te preparas para la Confesión, y te aprovechas de ella? ¿Te llegas á la Comunión con las disposiciones debidas? ¡Oh Cordero mansísimo! Ahora veo el deseo encendido que abrasa vuestro corazón de entregaros todo por nuestro bien. Mientras vivisteis vida mortal sobre la tierra, con las palabras y con los ejemplos predicasteis la obediencia á la ley que á Vos conducía, y cuando ya salís del mundo según vuestra vida mortal, tratáis de disponernos para que os podamos recibir en nuestras almas. Preparad, Señor, mi corazón con grande limpieza, para que os reciba con sumo provecho.

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán cierto es que la necesidad es gran maestro para la oración! El leproso del Evangelio lo demuestra. Vese cubierto de asquerosa enfermedad, apartado de sus conciudadanos y amigos, y sepultado en el fondo de una selva. En tan triste situación, oye hablar de los milagrosos favores que dispensa el Señor. Al instante, con viva fe, sólida confianza, profunda humildad y reverencia y excelente resignación, se presenta á Cristo, y postrado á sus pies, le adora y dice: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Aprende esta jaculatoria para repetirla incesantemente en todas tus tribulaciones. Jesús, al ver la actitud humilde y suplicante del leproso, y, sobre todo, leyendo en su corazón los afectos más puros de confianza, rendimiento y conformidad con la voluntad divina, no resiste á la ternura infinita de su corazón, y así, contestando á la súplica del enfermo, responde: «Quiero; sé limpio». Y al instante huye la lepra, sana el enfermo, y éste alaba en su corazón la bondad, misericordia y omnipotencia del Salvador. ¡Bienaventurado el que confía en el Señor! ¡No se verá confundido eternamente! Pero, ¡qué celo muestra Jesús por la observancia de la ley antigua! La curación del leproso ha sido milagrosa, y así como Jesús le había librado de la lepra, podía también librarle del precepto de la ley;

<sup>1</sup> Psalm. I, 8. — <sup>2</sup> Levit., XIV, 8. — <sup>3</sup> Psalm. XXX, 2; LXX, 1.

mas no quiere. Al contrario, le manda que se presente al sacerdote y haga todo cuanto aquélla prescribe. ¿Qué aprecio haces tú de las leyes á que estás obligado? ¿Haces todo lo que te manda Jesús? ¿Deseas curar la lepra de tus pecados? ¿Cómo oras? ¿Qué virtudes practicas para limpiarte de ella? ¡Ah! ¡Si vieses á tu pobre alma cuál está á causa de las culpas en que ha caído! Te horrorizarías de tu propia figura. Ea, pues; levántate de tan miserable estado; propón, pide fortaleza y gracia para cumplir los propósitos, y no olvides el rogar por la santa Iglesia, por la conversión de los pecadores y demás fines que acostumbras.

#### 100.—CURACIÓN DE DIEZ LEPROSOS.

PRELUDIO 1.º Diez leprosos pidieron desde lejos á Jesús les sanase, y contestándoles que fueran á los sacerdotes, al ir, quedaron sanos; uno sólo de ellos volvió á dar gracias á Jesús.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús mandando á estos leprosos que se presenten á los sacerdotes.

PRELUDIO 3.º Pide las virtudes de la obediencia y gratitud á los beneficios del Señor.

**Punto 1.º Petición colectiva de los diez leprosos.**—Diez infortunados leprosos salieron al encuentro de Jesús, y desde lejos, á voces, le decían<sup>1</sup>: «Jesús, Maestro, tened misericordia de nosotros». Acerca de esto debes considerar primeramente las virtudes que ejercitan en su oración estos leprosos; los cuales dan muestras de profunda humildad y reverencia, clamando desde lejos, teniéndose por indignos de llegarse á Jesucristo, conociendo la vileza del mal que les aflige; muestran además grande confianza y admirable resignación, porque con saber el poder de Jesucristo, y la necesidad que tienen de su auxilio, no quieren pedir expresamente el remedio, contentándose con manifestar brevemente su situación, y remitiendo su alivio á la misericordia del Señor, por lo cual dicen: «Jesús, Maestro, tened misericordia de nosotros». Con estas virtudes juntaron la unión en el pedir, la cual puede mucho con Dios, cuando muchos que tienen la misma necesidad oran á una con caridad; porque pidiendo cada uno por todos, alcanza también para sí. Por lo cual dijo Santiago Apóstol<sup>2</sup>: «Orad unos por otros para que seáis salvos, porque vale mucho con Dios la oración continua del justo». Al contrario de los pobres de acá, que querrían pedir solos, porque, si piden muchos, cánsanse los ricos, y temen que no les darán limosna. Pero nuestro Señor no se cansa de que le pidan muchos, porque tiene para todos; antes gusta de que todos sus pobres tengan entre sí caridad, y les da de mejor gana su limosna. ¡Oh generosísimo y misericordiosísimo Maestro! Muchos leprosos somos en este mundo, figurados por estos diez, por-

<sup>1</sup> Luc., XVII, 12. — <sup>2</sup> Jacob., V, 16.